

V.

Concepciones primitivas del género humano.

59. ¿Pero cuál pudo ser la interpretación que dió el hombre á esa intuición de leyes de causalidad allá en los primeros días de su existencia, cuando carecía del caudal inmenso de seculares experiencias que han iluminado más tarde su razón, cuando ignoraba las más vulgares leyes de la física que hoy explica con natural sencillez el niño que sale de la escuela, cuando no tenía noción alguna de las causas verdaderas de la infinita variedad de cambios que pasaban á su alrededor? ¿Qué explicación va á dar el hombre primitivo de la nube que se levanta ante sus ojos, que se agranda, hincha y estiende, tiñéndose de púrpura y oro y que luego se transforma en negro crespón para desvanecerse al fin y perderse en el espacio; qué explicación pudo el hombre primitivo darse de estas apariciones, desapariciones y cambios, él que nada sabía de precipitación y disolución de vapor acuoso? ¿Qué va á decir ante el espectáculo del sol, de la luna y de los astros que con regularidad conciente, animada, como si fueran séres dotados de ra-

zón y de voluntad surgen de los horizontes, recorren los mismos senderos, se alejan á las mismas horas y lanzan hacia el ojo humano destellos de luz expresiva, reflejos que parecen traducir la voluntad de esos seres radiantes y soberanos; qué va á decir el hombre primitivo de ese maravilloso juego de los astros, él que ignora la extensión de la tierra que pisa, él que ignora si el azul del cielo es una bóveda habitada por seres semejantes al hombre, él que nada sabe de distinciones entre cuerpos orgánicos y cuerpos inorgánicos, nada de leyes de gravitación, nada de las distancias infinitas de los espacios siderales, nada del movimiento de la tierra que era imposible pudiese siquiera sospechar? ¿Y la flor espontánea é inexperada de las plantas cuando ignora lo que es germinación, nutrición, desarrollo y vida vegetal? ¿Y el arco-iris con su gigantesca curva de festones matizados, y el rayo que serpea en zig-zag de fuego en el negro fondo de las nubes, y el viento impalpable, intangible, sér desconocido, fuerza invisible que sacude el ramaje de los bosques, levanta torbellinos, azota el rostro y agita los cabellos; cuando no se sabe nada del rocío que flota en la atmósfera, ni de la luz que se descompone en gama de rica pedrería, ni del fluido eléctrico que duerme en el seno de las nubes, ni de los gases que se forman de oxígeno é hidrógeno? ¿Y la sombra, esa sombra misteriosa que proyectan todos los cuerpos humanos, que aparece y desaparece y cambia y se mueve y semeja otro *yo* deformado é intangible; cómo explicar esa fantasma misteriosa cuando se ignora lo que es la luz, su propagación en línea recta, las leyes de la óptica y las proyecciones de los cuerpos opacos? ¿Y la magia de los crepúsculos durante el período de la vida lacustre, esos crepúsculos que dibujan en la transparencia lejana de los horizontes, entre nimbos de ópalo, de

nacar y de violados matices, figuras caprichosas y cambiantes, reflejos de cielos azurados, perspectivas de seres misteriosos que aparecen y se desvanecen y se ocultan envolviéndose en pardos crespones salpicados de estrellas; ¿qué podría pensar el hombre primitivo ante esos panoramas esplendentes, ante ese drama de luz, de colores, de celajes y de nieblas; qué podría pensar él, que no tenía la noción más superficial de las leyes de refacción y reflexión de la luz, de la transparencia del aire, de la diversa densidad de las capas atmosféricas, de la condensación de vapores por diversidad de temperaturas? (1)

(1) Gracias al desenvolvimiento científico continuado durante siglos, el hombre ha llegado á disipar los errores en que le hace caer el aspecto del cielo, y el más fuerte de ellos, la inmovilidad de la tierra. En el orden moral la verdad era aun más difícil de encontrar, pues todavía hoy una multitud de cerebros humanos son impotentes para concebirla. El hombre pobló, desde luego, el espacio de fuerzas libres, apasionadas, susceptibles de ser invocadas y aplacadas. Creó un mundo divino á su imagen y trató á los Dioses como ambicionaba ser tratado por sus inferiores; y estableció un cambio de supuestos servicios entre el hombre despavorido y los terribles seres de que se creía rodeado. Una constante experiencia confirmada por la ciencia más exacta nos ha probado que esta hipótesis primitiva de causas *libres*, particulares, externas es completamente errónea. Fuera de la voluntad del hombre no se ha comprobado en la naturaleza ningún agente intencional. La naturaleza es inexorable, sus leyes son ciegas, y la plegaria no encuentra en parte alguna un solo sér al que pueda aplacar. Ningún voto ha curado una enfermedad, ni obtenido la victoria de una batalla. Mas para llegar á esta verdad que quizá pronosticaron los sabios de Babilonia, que los filósofos griegos percibieron en su perfección desde el siglo IV antes de Jesucristo, eran necesarias largas generaciones de espíritus combinando sus esfuerzos. ¿Qué idea podían formarse del viento, gentes que no tenían la noción de la real existencia del aire? La naturaleza del rayo no ha sido descubierta sino hace una centena de años; ¿cómo era posible que el hombre primitivo viese allí otra cosa que el desbordamiento de la

60. El terror, el enloquecimiento, el vértigo eran la consecuencia de esa impresión confusa y vaga de la naturaleza, de este vacío absoluto del alma, privada de todo sistema que ordenase la infinita y constante variedad de fenómenos que pasaban á su alrededor. En esta situación inicial del humano linaje; colocado entre la fe intuitiva en el dogma de la *causalidad*, dogma que rige aun los impulsos y movimientos de los animales, y la impotencia para conocer, falto de experiencias y de métodos de observación, las causas verdaderas de los fenómenos ¿cuál debió ser la explicación espontánea, fatal, irresistible que dió el hombre primitivo á esa acción constante de todos los seres y de todas las fuerzas de la naturaleza sobre su existencia, sobre esa vida, juguete de esas fuerzas y de esos seres incomprensibles? ¿Cuál debió ser esa explicación, sino la misma que dan hoy los congéneres del hombre primitivo, los salvajes retardatarios del progreso y cuya conciencia detenida en las primeras etapas de su desenvolvimiento nos dan el tipo intelectual y moral del hombre primitivo? ¿Cuál

lera de un sér muy poderoso que residía en las nubes y sobre la cima de las montañas? El mar, los cursos de agua, los manantiales, teniendo una especie de individualidad y obrando *como personas* [aun hoy decimos el *mar iritado*, el *torrente en su cólera*, un *bienhechor manantial*, una *agua durmiente y apacible*] debían ser fatalmente seres personificados. El nacimiento, la enfermedad, la muerte, el delirio, la catalepsia, el sueño, las pesadillas conmovían infinitamente el espíritu, y aun hoy solo á un pequeño número de espíritus cultos les es dado ver claramente que estos fenómenos tienen su causa en nuestra organización. El curso de los negocios humanos daba lugar á juicios todavía más falsos. Los accidentes, la buena ó mala fortuna, el hecho de tener ó no hijos, la riqueza, la victoria, el ascendiente, la autoridad eran explicados como si fueran otorgados al hombre por seres superiores ó como desgracias más ó menos susceptibles de ser conjuradas (Renan *Historia del pueblo de Israel I.*)

debió ser, sino la que da el niño en las primeras fases de su desenvolvimiento intelectual, antes de recibir por medio de la palabra el bautismo de la razón y de las experiencias acumuladas por las generaciones que le han precedido? ¿Cuál debió ser esa explicación de la naturaleza aceptada por la humanidad en su infancia, sino la que ella misma ha dejado escrita en todas sus leyendas y en sus mitos; la que nos revelan sus primitivas creencias y sus más antiguos y universales ritos; la que está grabada con caracteres indelebles en la estructura de su lenguaje metafórico, impregnado del enérgico sentimiento de divinización de todos los agentes naturales; la que denuncian el eco salido de sus sepulcros (1) y las reliquias de sus muertos y la que brota luminosa y evidente de las leyes constitutivas del espíritu codificadas en la obra maravillosa de la psicología moderna?

61. La historia, asociándose á las revelaciones de la geología, de la antropología, de la lingüística, de la teología comparada, de la mitología, de la numismática, y de la arqueología, penetra con mirada cada vez más certera en la noche de los tiempos primitivos y á medida que explora periodos mas remotos de la vida humana encuentra indefectiblemente la barbárie inicial reflejada en la grosería de las creencias, en la pobreza del lenguaje, en la rudeza de las costumbres, en la comunidad de bienes y mujeres, en el fetiquismo universal, en la carnicería salvaje de las edades prehistóricas. Ni que otra cosa podría encontrar la historia aunque no hubiera recogido las reliquias elocuentes de esa primitiva barbárie esculpida en todos los monumentos de todas las razas; que otra cosa podría haber encontrado sin caer

(1) "Dove la storia é muta, tombe parlano, dice el poeta.

en los abismos de lo imposible, sin aceptar la monstruosa inversión de las leyes de la naturaleza que no conoce ni ha conocido jamás súbitas apariciones de civilización, artes y ciencias, sin preparación secular; ni códigos, instituciones, metafísica y religiones elevadas sin haber recorrido antes la conciencia todas las etapas de un lento y gradual desenvolvimiento? ¿Quién podría creer que el hombre desde su aparición en el mundo proveyó la suma de nociones morales, conocimientos científicos, prodigios industriales que forman hoy el vasto patrimonio de su especie, cuando casi hemos asistido al momento histórico en que la humanidad, saliendo de las tinieblas de la ignorancia, ha ido emancipándose de supersticiones groseras, de ritos pueriles, de costumbres feroces; cuando hemos visto nacer las leyendas y las biblias, cuando conocemos los nombres de los primeros apóstoles de las ciencias, de las filosofías y de las religiones; cuando tenemos las huellas de la transición de la barbarie primitiva á la civilización en los caracteres cuneiformes, en las viejas crónicas, en las fábulas de los poetas, en los fragmentos de sílex, en los sacrificios humanos, en todos los restos de los primitivos tiempos sembrados en la superficie y en las entrañas de la tierra?

62. Y todos esos monumentos, todas esas reliquias, todos esos viejos recuerdos nos dicen unánimes y nos enseñan con voz elocuente una gran verdad que ha sido la más preciosa conquista de la historia, de la psicología, de la antropología y uno de los más potentes rayos de luz que han iluminado los orígenes y desenvolvimiento de las ciencias morales, sociales y jurídicas. Nos enseñan y revelan que el hombre primitivo, que la humanidad en su infancia, como el salvaje y como el niño de nuestros días, *no teniendo, como no*

tenia, otro ejemplo, otro modelo, otra imagen de causalidad de los movimientos y transformaciones de los seres que le rodeaban, que el modelo de su propia conciencia, de su voluntad y de sus deseos, engendrando todos los movimientos y todos los actos de su cuerpo, creyó irremisiblemente que así como todos sus actos eran producidos por una voluntad, así todos los fenómenos que pasaban á su alrededor eran producidos por agentes dotados de voluntad y de inteligencia.

63. “En el estado salvaje, que es la infancia intelectual de la sociedad, el hombre aplica á la naturaleza la concepción que tiene de sí mismo: como él ve que todo lo que hace, lo hace para su placer, considera todos los acontecimientos de que es testigo como dependiendo de la voluntad *arbitraria* de muchos agentes libres y más tarde como dependiendo de la voluntad *arbitraria* de una potencia superior é invisible. Voluntades *arbitrarias*, en vez de leyes *naturales ineludibles*, es la primera noción de causalidad del hombre primitivo, la primera explicación de los cambios constantes de la naturaleza exterior. El da al mundo una constitución semejante á la suya propia; de aquí una tendencia irresistible á la superstición. Todo lo que es extraño, potente ó vasto hiere de terror su imaginación. En casi todos los seres no puede ver otra cosa que las manifestaciones exteriores de un espíritu oculto, y por consiguiente los juzga dignos de veneración. Después que la razón ayudada de la experiencia le ha quitado sus ilusiones respecto de los objetos cercanos y familiares que le rodean, conserva todavía sus antiguas ideas respecto de los objetos muy lejanos; y en los invariables movimientos de los astros, en la inmensa distancia que lo separa de ellos, encuentra argumentos en favor de lo sobrenatural y coloca en cada uno de los cuerpos brillantes un genio que

le habita y gobierna y no tarda en atribuir á los planetas una influencia directa sobre su suerte. “La razón y la experiencia que le ha librado del fetiquismo hace que renuncie mas tarde también al culto de los astros; pero no es sin tristeza y desconsuelo que abandona estas formas mitológicas que ha creado, y mucho tiempo después que ha cesado de ver en los cuerpos planetarios otra cosa que puntos brillantes sin acción posible sobre el hombre, venera todavía los genios engendrados por su imaginación que animaban esos astros y los convierte en dioses inmortales.

“Filosóficamente hablando, de la doctrina primitiva de volición arbitraria, el hombre se elevó gradualmente á la doctrina de *leyes naturales*. Comienza por atribuir á causas físicas la caída de una piedra, el movimiento del agua en el río, el cambio de sombras, etc., hasta que al fin refiere á una causa semejante las revoluciones mismas de los astros. El círculo de los fenómenos regidos por leyes va continuamente aumentándose; esos espíritus, esos genios, esos dioses que el hombre había sucesivamente temido y adorado y cuyas ficciones y caprichos gobernaban al mundo, acaban en fin por desaparecer, para dar lugar á un *Sér Omnipotente* que gobierna al Universo *por leyes*. Y esta doctrina de las *leyes naturales* que ha llegado á extenderse á todos los fenómenos, recibió hace apenas doscientos años una fuerza inmensa y una plena sanción con el magnífico descubrimiento de Newton, al demostrar que las leyes de Kepler son una consecuencia matemática de una simple propiedad de la materia *y que los movimientos tan complexos del sistema solar no pueden ser otros que los que son.*” (1)

(1) Draper.

“Cuando hemos investigado las más antiguas creencias de estos pueblos, (griegos y romanos) hemos encontrado una religión que tenía por objeto el culto de los antepasados y por principal símbolo el hogar; es ella la que ha constituido la familia y establecido las primeras leyes. Pero esta raza (indo-europea) ha *tenido también* en todas sus ramas otra religión, aquella cuyas principales figuras han sido Zeus, Hera, Athenea, Juno; la religión del Olimpo helénico y del Capitolio romano. De estas dos religiones, la primera tomaba sus dioses del alma humana; la segunda toma los suyos de la naturaleza física. Si el sentimiento de la fuerza viva y consciente que lleva en sí, inspiró al hombre la primera idea de lo divino; la vista de esa inmensidad que le rodea y que le abate imprimió en sus sentimientos religiosos otra dirección. El hombre desde sus primeros tiempos se encontraba sin cesar en presencia de la naturaleza; los hábitos de la vida civilizada no ponían un velo entre él y ella. Su mirada sentía el encanto de las bellezas ó el transporte de las grandezas de la naturaleza; gozaba de la luz y se aterrorizaba con las tinieblas de la noche, y cuando veía volver la *santa claridad de los cielos*, experimentaba reconocimiento. Su vida estaba en las manos de la naturaleza, esperaba la nube bienhechora de la que dependía su cosecha, y temía al huracán que podía destruir el trabajo y la esperanza de todo un año.

“Sentía en todo momento su debilidad y la incomparable fuerza de lo que le rodeaba, y experimentaba una perpétua mezcla de amor y de ternura hácia esa potente naturaleza. Este sentimiento no lo condujo desde luego á la concepción de un Dios único, rigiendo el universo, porque no tenía aun la idea del universo; no sabía que la tierra, el sol, los astros son partes de un mismo cuerpo, y no le ocurría el pensamiento de

“que pudiesen ser gobernados por un mismo Sér.” A las primeras miradas que arrojó sobre el mundo, el hombre se le figuró como una especie de república confusa en que fuerzas rivales se hacían la guerra. Como juzgaba las cosas exteriores con arreglo á sí mismo, y sentía en sí mismo una personalidad libre, vió también en cada parte de la creación, en el suelo, en el aire, en la nube, en el agua del río, en el sol, otros tantos fenómenos semejantes á sí mismo; les atribuyó pensamiento, voluntad, elección de actos; como los veía poderosos y sufría su imperio, confesó su dependencia, les dirigió plegarias y los adoró; en una palabra, *hizo los dioses*. Así, en esta raza, la idea religiosa se presentó bajo dos formas muy diferentes. De un lado atribuyó naturaleza divina al principio invisible, á la inteligencia, á lo que entreveía del alma, á lo que sentía de sagrado en sí mismo; y por otro lado, aplicó su idea de *divino* á los objetos exteriores que contemplaba, que amaba ó temía, á los agentes físicos que eran los señores de su felicidad y de su vida. Estos dos órdenes de creencias darán lugar á dos religiones que se les ve durar tan largo tiempo como las sociedades griegas y romanas. Esas dos creencias no se hacían la guerra, vivían, al contrario, en buena inteligencia, se dividían el imperio sobre el hombre; mas nunca se confundieron. Tuvieron siempre dogmas distintos, muchas veces contradictorios, ceremonias y prácticas absolutamente diferentes. El culto de los dioses del Olimpo y el de los héroes y manes no tuvieron jamás nada de común entre sí. No se puede saber cual dé estas dos religiones fué la primera en el tiempo; ni siquiera podría afirmarse cual haya sido anterior á la otra; pero lo que sí es cierto, es que una de ellas, la de los muertos, habiéndose fijado en una época muy lejana, permaneció siempre in-

mutable en sus prácticas, en tanto que sus dogmas se borran poco á poco; mientras que la otra, la de la naturaleza física, por más progresiva, se desenvolvió libremente al través de las edades modificando poco á poco sus leyendas y sus doctrinas y aumentando sin cesar su autoridad sobre el hombre.” (Fustel de Coulanges.—*La Cité Antique*). (1)

(1) Hé aquí conciliada la doctrina de Spencer y su escuela que explica el origen de las religiones por el culto de los muertos, con la doctrina de los mitólogos que explican el sentimiento religioso por la divinización de las fuerzas físicas. La verdad es que, como dice el autor citado, ambas religiones coexistieron; y podrá comprobarse esta verdad con un gran caudal de erudición comparando todos los monumentos, ritos y leyendas de los pueblos primitivos.

